

# LA RELACIÓN DE JORGE SEMPRÚN CON ALEMANIA

HOLM-DETLEV KÖHLER

Desde que el 11 de abril de 2010, con ocasión del 65 aniversario de la liberación del campo de concentración nazi de Buchenwald, me llegó la noticia de que Jorge Semprún se despidió de Buchenwald y no volverá más a este lugar único y terrible de la historia europea, siento una constante y profunda inquietud. Las largas horas de espera en los aeropuertos debido a la nube volcánica, acompañado de un par de libros de Jorge Semprún, me han dado la ocasión de intentar explicar esta inquietud. Si Jorge Semprún se despide de Buchenwald se despide de Alemania, porque este binomio de Weimar-Buchenwald está en el corazón de la muy íntima relación de este gran intelectual con Alemania. Y con Jorge Semprún Alemania está perdiendo su amigo más generoso e irrepetible.

Cuando en 1943 los nazis capturaron a este joven español, exiliado con 13 años de la dictadura franquista y con apenas 20 formando parte de la resistencia comunista francesa contra la ocupación alemana, ya tenía más que suficientes razones para odiar a los alemanes. Alemania había apoyado a Franco contra la República y había ocupado Francia, su refugio del fascismo europeo. Pero ahora le

esperaba lo peor, 16 meses en un campo de concentración viviendo y oliendo la muerte todos los días bajo el humo del crematorio. Sufriendo la eternidad de la tortura, del maltrato, del agotamiento, del hambre, de la muerte de los compañeros, del alemán gutural y primitivo, casi monosilábico, de los mandos de la SS y el inolvidable olor a carne quemada. Si existe la muerte y el infierno, el 'Mal radical' (*das radikal Böse*) en palabras de Semprún con referencia al concepto de Kant, él lo había vivido ya con apenas 22 años por culpa de los alemanes.

Liberado por los soldados americanos en 1945, Jorge Semprún tuvo que ver cómo los soviéticos y los comunistas alemanes, los nuevos dueños de la Alemania oriental, convirtieron al campo de concentración nazi en el *Speziallager* Nº 2, un campo de prisión soviético contra disidentes del nuevo régimen comunista. Más de 7.000 personas siguen enterradas en estas fosas comunes de los estalinistas de Buchenwald. Las decenas de miles de víctimas del nazismo salieron por la chimenea para encontrar su tumba en las nubes; las del estalinismo están sepultadas, en desorden anónimo, por debajo de un nuevo bosque plantado en-

cima de sus fosas comunes. Finalmente, los comunistas le echaron del Partido que le había proporcionado su identidad juvenil de rebelde antifascista. En resumen, la experiencia vital de Jorge Semprún con los alemanes no ha podido ser más terrible y repleta de razones para el odio.

¿Qué piensa, entonces, este *Rotspanier* (Rojo Español) y militante de la resistencia antifascista, como él se definía, de estos alemanes que le habían enseñado lo más terrible de la peor parte de la raza humana? La respuesta no puede ser más sorprendente y hasta irritante. A pesar de su profundo conocimiento de la cultura e historia alemana y de su dramática experiencia vital con los alemanes, siempre ha defendido al pueblo alemán como un pueblo poco menos de ejemplar en el camino de la humanidad hacia una democracia ilustrada universal y una Europa libre y unida. En su prólogo de *Blick auf Deutschland* [Mirada hacia Alemania] resume su relación con Alemania como “siempre positiva, aún cuando ocurrió a través de lo negativo. Alemania: su idioma, su cultura, sus poetas, sus filósofos, sus hombres y mujeres, que –desconocidos o amigos– son con seguridad mis mejores lectores; lo que quiere decir: los más exigentes.” En su Conferencia del Día de la Memoria de las Víctimas del Nacional-socialismo en el *Bundestag* (Parlamento alemán) el 27 de enero de 2003 se dirige a los diputados e invitados asumiendo su ‘alemanidad’: “Me han invitado no como un invitado extranjero, sino como un conferenciante alemán, probablemente porque

no me consideran un extranjero. Y, sin duda, de alguna manera tienen razón con esto. No me siento extranjero en el espacio de su historia, sus fantasías, sueños y deseos.” Y ocho años antes, recibiendo el Premio de la ciudad de Weimar en 1995, expresa su agradecimiento por una incorporación “a la familia alemana” con la cual siente “una profunda fraternidad”. “Como el hijo perdido que vuelve a casa, este español sin patria quien soy todavía, y que se ha creado sus patrias en la lengua francesa, finalmente ha encontrado su lugar de origen, al menos uno de ellos donde reside una de sus más profundas raíces”.

¿Por qué alguien que ha sido tratado de la peor manera posible por un pueblo, pone precisamente a este pueblo en la vanguardia de los pueblos humanos y no expresa en ningún momento ningún tipo de rencor? ¿Cómo podemos comprender esta increíble generosidad con el pueblo alemán de alguien que ha sufrido como muy pocos la inmensa acumulación única de crímenes contra la humanidad generada por este mismo pueblo? Aunque siempre quede una parte incomprendida e incomprensible en esta novela de la vida, intentaré juntar algunas piezas de este puzzle de enorme complejidad. Hay que empezar con el joven estudiante de filosofía ‘*aus Berufung*’ (por vocación), su ‘profesión’, como el mismo explicó en el interrogatorio, al que fue sometido al llegar a Buchenwald, que ya había leído a los grandes clásicos de la filosofía y de la literatura alemana en su idioma original. Es más, en el momento de su detención

en París llevaba una edición de *El Quijote* en alemán en su equipaje. El joven comunista de resistencia antinazi había adquirido sus “armas de la crítica” (Marx) contra el fascismo de los propios alemanes, de Kant, Husserl, Marx, Freud, Benjamín y otros en lengua alemana; y así armado se resistía a percibir a Buchenwald sólo como el lugar del mal. Fueron los “espíritus germanos” los que le ayudaron a comprender las aberraciones del nazismo. La cultura alemana era para el joven Semprún la “lengua de la subversión, por lo tanto de afirmación universal de la razón crítica” [La escritura o la vida].

El recinto del campo de concentración permanecía en la mente de Semprún siempre como el Ettersberg, la colina de la casita (*Gartenhaus*) de Goethe en las afueras de Weimar, ciudad de Schiller, Goethe y de la gran literatura humanista alemana, “patria extranjera a la que siempre acabo volviendo”. Buchenwald, para Semprún, siempre significaba “bosque de hayas” y no sólo campo de concentración nazi. La gran tradición del pensamiento alemán nunca podía ser derrotada por el Mal aunque este Mal fuera de la misma inmensa grandeza alemana. Finalmente liberado por el III Ejército norteamericano de Patton en abril 1945, Semprún se despidió del árbol de Goethe antes de subir al camión de “repatriación” hacia París, una misión imposible para alguien que con 22 años ya había perdido todas sus patrias. Semprún luchaba contra el fascismo con armas alemanas, defendiendo la cultura alemana como la cultura humana universal. Y

cuando finalmente, en marzo de 1992, volvió por primera vez a Buchenwald sabía “que volvía a casa” [La escritura o la vida].

Además, en esta su terrible casa de Buchenwald, Semprún sobrevivía por su dominio del alemán en dos sentidos. Primero, como único español que domina la lengua del mando, le asignaron puestos administrativos en lugar de los mortales trabajos del campo. Y, segundo, el dominio del alemán le permitía satisfacer su principal fuente de resistencia contra la resignación mortal, tan omnipresente en el campo: su curiosidad. Semprún ya había gozado del privilegio de una educación en lengua alemana para poder leer algunos de sus escritores y pensadores más admirados en el original. Ahora, el dominio del alemán le abre el privilegio de poder observar, analizar y vivir la sociedad del campo, sus estructuras e intrigas, su funcionamiento oficial y subterráneo, en primera persona con todos los detalles. Y todavía en sus noches del insomnio en el campo lee *Absalom* de Faulkner en alemán.

“El pueblo alemán fue la principal víctima del nacionalsocialismo”, afirma el 3 de octubre de 1995, día de la unidad alemana, en Weimar, refiriéndose al cáncer de la barbarie que desde entonces forma parte eterna del cuerpo social alemán como de ningún otro pueblo. Aquí, la generosidad de este superviviente de Buchenwald llega a dimensiones que a mí me superan. Si el pueblo alemán es víctima del nazismo, es una víctima autoculpable, porque nadie puede librar a los alemanes de la responsabilidad y culpa de haber votado en un

alto porcentaje y apoyado en un porcentaje todavía superior al régimen más criminal, terrible y bárbaro del mundo moderno. El propio Jorge Semprún cita al teniente. Rosenberg (en el libro le cambió el nombre a Rosenfeld para proteger su privacidad) del III Ejército de Patton, dirigiéndose a un grupo de civiles de Weimar obligados a abrir los ojos frente al campo de Buchenwald recién liberado: “¿No sabíais lo que pasaba en el campo? Igual, porque no lo queríais ver, porque habéis cerrado vuestros ojos. Vosotros sois responsables para todo aquello, que no sabíais, porque no queríais saberlo. Habéis vivido, indiferentes o cómplices, durante más de siete años bajo los humos del crematorio, ¡con toda la buena conciencia del mundo!”. No deja de ser otra parte del puzzle alemán de Semprún que este representante del ejército liberador fuera un alemán, un judío exiliado en 1938 con ocasión de la ‘*Reichsprogromnacht*’ (noche de los progromos antisemitas). Mi discrepancia con Jorge Semprún en este punto, desde una posición de humildad e infinita inferioridad ante su grandeza intelectual, no pretende ser una crítica, sino más bien, una confirmación, incluso más fuerte de admiración, de su inmensa generosidad con el pueblo alemán.

Otra pieza para descifrar esta inmensa generosidad con los alemanes reside en el hecho de ser un hombre sin patria, un auténtico europeo universal, brutalmente desinfectado de los nacionalismos étnicos que siguen mermando a las culturas humanas en nuestro mundo. Weimar-Buchenwald era para Semprún “la patria

extranjera” a la que siempre volvía. “No soy un auténtico español ni un auténtico francés, no soy un escritor ni soy un político, soy sólo un superviviente de Buchenwald” afirmó reiteradamente e hizo de todos los exilios su propia patria universal. “Mi patria no es el español, ni el francés; mi patria es el espacio para la comunicación social, el *Sprachvermögen*” explica el expatriado. Semprún nunca dejó su nacionalidad española como tantos otros exiliados de los fascismos europeos, pero sí se exilió de su idioma materno para generar la mayor parte de su obra en francés. Pero es en esta patria universal y personal de la capacidad de comunicación donde el alemán entra en la identidad de Semprún como origen de la poesía, de la escritura y de la reflexión filosófica de un incansable lector en alemán.

Otra vez intervino Buchenwald en la construcción de identidad de Semprún, volviéndole al español, porque ahí este joven comunista de la resistencia francesa fue reconvertido en rojo español: formaba parte de la comunidad española y recuperó una parte de su identidad española para el resto de su vida. El “S” de Spanier (español en alemán) por delante del número de prisionero 44 904 le había devuelto parcial y bruscamente al pueblo español. “Si no hubiera campo, hoy tendría la nacionalidad francesa”, explica en una entrevista en 2001 a raíz de la publicación de *Viviré con su nombre, morirá con el mío*. Es esta “esquizofrenia lingüística”, como señaló en la Paulskirche de Francfort en 1994, recibiendo el Premio de la Paz de la Asociación Alema-

na de Editores en este lugar simbólico de la lucha por la democracia en Alemania, la que abrió la mente de Semprún para un gran espacio de la lengua alemana, “una parte esencial de mi patria espiritual que ha marcado mi carácter intelectual”. La experiencia apátrida abrió el corazón de Semprún hacia esta gran generosidad ilustrada.

Semprún ha elegido Alemania, como una pequeña parte de su gran patria personal, como pueblo y nación que ha vivido la esencia del ser humano en una singular radicalidad. La libertad humana implica para Semprún, pensando en Kant, la total inhumanidad del Mal radical, igual que para Horkheimer y Adorno la Ilustración implicaba la barbarie. Semprún eligió la lengua alemana como parte de su patria, igual que su querido poeta rumano Paul Celan, para poder decir: “*Der Tod ist ein Meister aus Deutschland*” (la muerte es un maestro venido de Alemania). “En este siglo de la muerte no sólo ha venido de Alemania, también de España, de Francia, de la Unión Soviética. La muerte viene de la raza humana”, matiza Jorge Semprún en la Paulskirche.

“Ahí, en un antiguo campo de concentración nazi convertido en prisión estalinista, es donde debemos celebrar la Europa democrática, contra todas las amnesias”, proclama otra vez más en su último viaje a Buchenwald en abril 2010. Alemania, había dicho 16 años antes en la Paulskirche, “es desde su reunificación el único pueblo de Europa al que ha tocado vivir, padecer, y asumir críticamente también, los efectos devastadores de las dos inicia-

tivas totalitarias del siglo XX: el nazismo y el bolchevismo” y, por lo tanto, puede y tiene que enfrentarse a ellas. La reunificación democrática sitúa Alemania en la vanguardia de una expansión democrática y universalista de la idea de Europa.

Ver a Alemania entera liberada de los totalitarismos despertó en Semprún una alegría y un optimismo casi desmesurado hacia una Alemania nueva, abierta, democrática y anclada con alma y cuerpo en el espíritu europeo, como lo había definido Edmund Husserl en sus famosas conferencias de Viena y Praga sobre la crisis de la humanidad europea, en el año 1935. Este europeísmo ilustrado, post-totalitario y post-nacionalista tiene para Semprún origen alemán; y fueron los judíos alemanes como Husserl, Hannah Arendt, Hermann Broch, Walter Benjamín, Paul Celan y muchos otros quienes salvaron este alma de la cultura alemana en el momento de su máxima oscuridad. Desde la reunificación y el fin de los totalitarismos, Alemania representa para Semprún la vanguardia en el camino de la humanidad hacia la razón democrática.

Además, añade Semprún, siempre poniendo la lucha de la memoria en el centro, Alemania se ha enfrentado de forma crítica y productiva a su pasado nazi y totalitario, algo que le diferencia de España y de Francia. “Alemania es el país europeo que de forma más valiente se ha enfrentado al problema de su memoria colectiva”, exclama en Weimar en 1995. Y es esta actitud ilustrativa de reflexión crítica acerca de su pasado oscuro la que

predestina a Alemania para este papel de vanguardia en el camino hacia una Europa unida en la razón democrática.

Otra vez tengo que expresar mis discrepancias. Es cierto que Alemania vive desde hace décadas intensos y profundos debates intelectuales y políticos sobre su historia nazi, sus orígenes, consecuencias y, sobre todo, su singularidad en la larga lista de genocidios y crímenes contra la humanidad. Y Semprún tiene razón en su decidido rechazo de la tesis de Daniel Jonah Goldhagen según la cual existe un código específico genético-cultural en el pueblo alemán que implica un antisemitismo endémico. Sin embargo, la capacidad del pueblo alemán de enfrentarse a su terrible pasado no corresponde a la calidad de estos debates posteriores. No fue hasta la rebelión de los hijos en los años 1967/68 contra el olvido colectivo de sus padres durante más de veinte años cuando se abrió el espacio de una reflexión crítica sobre este pasado. Hasta entonces, el tan humillado y avergonzado pueblo alemán se había refugiado en el *Wiederaufbau* (trabajo de reconstrucción) y la identificación con el vencedor americano, evitando abrir los ojos en un ejercicio de ceguera autoculpable. El espíritu crítico e ilustrado había tardado una generación entera en volver a Alemania, y sólo volvió a la parte occidental. En la Alemania comunista los alemanes quedaron tan contentos con la mentira oficial de una nación de proletarios y campesinos que había dejado a todos los nazis en la parte capitalista, y no había hecho el *Vergangenheitsbewältigung* (trabajo

de memoria para abordar el pasado, un término que no tiene correspondencia precisa en castellano) hasta hoy. Sí, hubo algo más de enfrentamiento con el pasado comunista, pero no como un movimiento auto-ilustrado, sino otra vez más impuesto por los vencedores, en este caso, el Estado de la República Federal Alemana.

Pero mis dudas acerca de las raíces democráticas en el pueblo alemán van todavía más allá. Alemania ha conocido tres democracias: la de Weimar en 1919, la de Bonn en 1948 y la de Berlín en 1990. Ninguna de las tres ha sido fruto de una revolución democrática alemana, aunque en las tres ocasiones hubo intentos minoritarios en este sentido. En 1918, las revueltas causadas por la derrota militar en la I Guerra Mundial forzaron la dimisión del emperador Guillermo II y de su régimen y dejaron un vacío relleno por una democracia débil y precaria sin el decidido respaldo del pueblo alemán frente a las constantes amenazas derechistas y comunistas. De la total derrota militar de un régimen fascista, no sólo consentido sino activamente apoyado durante demasiado tiempo por gran parte del pueblo alemán, surgió la segunda democracia alemana, impuesta y vigilada por los aliados occidentales a un pueblo sin voluntad, ni democrática ni de otro tipo. El regalo de la tercera democracia alemana de 1989 y de la unificación no vino del Oeste, sino del Este, de la *Perestroika* de Gorbachov y la siguiente apertura de la frontera húngara, puerta de salida de los alemanes del Este, incapaces de vencer a



la dictadura comunista por sus propias fuerzas. ¿De dónde saca Jorge Semprún este optimismo, esta fe en el carácter democrático y racional del pueblo alemán? Comparto hasta cierto punto el optimismo de Semprún de que Alemania es actualmente una democracia consolidada y, por primera vez en la historia contemporánea, no ofrece ningún peligro para la paz en Europa, pero discrepo de esa fe optimista en el racionalismo europeo alemán. Ya antes de conocer Buchenwald, una joven vienesa de la resistencia francesa había enseñado a Semprún el famoso poema de Bertold Brecht: “¡Oh Alemania, pálida madre! ¿Qué han hecho tus hijos de ti para que entre todos los pueblos provoques la risa o el espanto?”

Jorge Semprún se consideraba un “animal prehistórico” en su compromiso con la humanidad, más allá de la literatura y más allá de las organizaciones políticas, una clara implicación en la realidad de nuestro mundo, un compromiso cívico de forma individual e intransferible. Me temo que en la historia actual que nos toca vivir ya no queda espacio para amigos tan generosos. “Nuestro lenguaje, ahora más que nunca, debe ser europeo” proclama este pluripatriota al recibir el Premio Diálogo de la Amistad Hispano-Francesa en junio de 2005.

Alemania y los alemanes habían enseñado al adolescente Jorge Semprún la esencia del *radikal Böse* (mal radical) y desde entonces su vida trata de superar esta evidencia del horror tratando de alcanzar la raíz de ese mal radical; y como *das radikal Böse* es esencialmente alemán, una

parte de la personalidad de Jorge Semprún se ha mantenido alemana durante toda su vida. En fin, para comprender la inverosímil generosidad de Jorge Semprún con el pueblo alemán, no cabe ninguna explicación racional, sólo la singular posición de la vida novelesca de alguien que es, antes que nada, un superviviente de Buchenwald, y desde entonces sólo existe un puente entre su vida y el resto de la humanidad: el bosque de hayas. ■

**Holm-Detlev Köhler** es Profesor Titular De Sociología de la Universidad de Oviedo.